**Grande en perdonar**
Meditación sobre Is 55,6-9

Cuando nos disponemos a escuchar a un profeta de Israel ya sabemos lo que nos va a decir. Quizá no sepamos cómo nos lo va a decir –eso dependerá de cada profeta– pero sí sabemos que nos va a invitar a abandonar los caminos que nos alejan de Dios y a convertirnos al Señor; a acercarnos a Él confiando en su misericordia. Esa es la misión de los profetas en Israel. Para eso los eligió, los llamó y los envió Dios. Es paradigmática la vocación de Isaías, un día memorable en la solemnidad del templo de Jerusalén. El profeta nos dice: «Y percibí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré? ¿y quién irá de parte nuestra? Dije: Heme aquí: envíame» Y, de parte de Dios, el profeta nos invita:

**Buscad a Yahvé mientras se deja encontrar, llamadle mientras está cercano.Abandone el impío su camino, el hombre inicuo sus pensamientos,y vuélvase a Yahvéh, que tendrá compasión de él;a nuestro Dios, que será grande en perdonar.**

**Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,ni vuestros caminos son mis caminos –oráculo del Señor–.Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra,así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a vuestros pensamientos.**

¡Qué texto tan precioso! El profeta nos dice que la vida del hombre está contenida en ese *mientras*; que es tiempo para buscar al Señor, porque Dios se deja encontrar; tiempo para llamar a Dios, porque está cercano y atento a nuestra llamada. Qué cosa tan asombrosa y tan incomprensible. ¿Que el Señor me está cercano y quiere que yo le encuentre? ¿Por qué? Sólo puede haber una razón: porque me ama. A mí. Con un amor personal. Único. A la vista de esta invitación del libro de Isaías queda claro que la mayor parte de las cosa que los filósofos han dicho sobre Dios a lo largo de la historia -y han dicho muchas- no son más que bobadas; eso sí, bobadas dichas en lenguaje abstruso. Y no puede ser de otro modo, porque los filósofos se preguntan quién es Dios para ellos, tema que no tiene el menor interés. ¿Quién

puede fundar su vida sobre las disparatadas opiniones de esos intelectuales? Lo importante es quién soy yo para Dios. Eso es lo que nos revela la Sagrada Escritura desde la primera página del Génesis. Esa revelación llega a su plenitud en el misterio Jesucristo: en el Hijo de Dios encarnado conozco quién soy yo para Dios y, por eso, me conozco a mí mismo. Y al revelarme quién soy para Él, Dios se me va revelando a Sí mismo. Entonces podré saber quien es Dios para mí. Y vivir de esa sabiduría.

Luego el profeta nos dice que la vida es tiempo de conversión; tiempo de abandonar los caminos que nos apartan de Dios y de volvernos, arrepentidos, hacia el Señor, seguros de su *compasión*. Y el profeta insiste en su invitación, porque sabe que el Dios de Israel *será grande en perdonar*. La vida en la tierra es tiempo para experimentar la compasión y el perdón de Dios. ¡Qué noble es la vida del hombre! ¡Qué dignidad y valor tiene a los ojos de Dios! Y, por contraste, qué poco valor tiene la vida de tantos hombres a los ojos del mundo. No es extraño que el Señor nos hable enseguida de la enorme distancia que separa sus caminos de los nuestros.

*Grande en perdonar*. ¡Qué asombroso nombre de Dios! Verdadero nombre propio de Dios, porque solo Él es grande en perdonar y porque perdonar es lo propio suyo. Este Nombre da razón de la Redención. Dios no puede padecer pero sí puede compadecer; y se compadece del hombre sometido al poder del pecado y de la muerte; y esa compasión de Dios pone en marcha la historia de la Salvación. Para introducirnos en el Reino de su compasión y de su perdón Dios Padre nos envió su Hijo y su Espíritu.

No es extraño que el Dios que es *grande en perdonar* nos diga que sus pensamientos no son los nuestros y que nuestros caminos no son los suyos; y que la distancia es insalvable. Insalvable para el hombre, pero no para Dios. Lo que sucedió el Día que, por el poder del Espíritu Santo, el Hijo de Dios se encarnó en las entrañas de María es que esa distancia quedó salvada en Jesús de Nazaret, Hijo de Dios e Hijo de María. Desde ese Día los pensamientos y caminos de Dios se han hecho pensamientos y caminos humanos. En el Corazón de Jesús habita la plenitud de la compasión de Dios y toda la grandeza de

su perdón. Además, en Jesucristo Dios ha asumido todo lo humano. Ahora todo ha sido transformado en camino por el que Dios se deja encontrar, donde me está cercano, donde puedo experimentar la compasión de Dios y abrir espacio a su perdón perdonando de corazón. Siempre. A todos. Sin exigir nada a cambio, que es como Dios me perdona a mí. ¡Qué misterio tan divino! Realmente no tenemos más que motivos para vivir dando gracias a Dios.